

Arte de biografías

Hugo Hiriart

La biografía fue en la primera mitad del siglo XX desdeñada como género menor destinado, no a revelar una articulación histórica sino, si acaso, a entretener mansamente al gran público. Nombres como André Maurois, Harold Lamb, Emil Ludwig o Stefan Zweig vienen de inmediato a la memoria como los maestros de la biografía *light*. *Light* y todo, fueron leídos con fervor en todo el mundo. Pero la academia, entre mohines de disgusto, les cerró la puerta. Los historiadores profesionales, quizá con el toquecillo de envidia que suele suscitar el éxito, trataron de despreciarlos, y con eso el *status* de la biografía y su puesto en la ciencia histórica permaneció oscuro.

Podemos definir biografía como una relación de un individuo desde su nacimiento hasta su muerte donde se perfila en qué difiere este humano de todos los demás, es decir, cómo se singulariza. Por ejemplo, “el primer Artajerjes, distinguido entre todos por su bondad y magnanimidad, se llamó Longimano porque tenía la mano derecha más grande que la izquierda”, narra Plutarco, acaso el más esclarecido y resonante de todos los biógrafos. Desde una característica así, digo, hasta los más sutiles matices de un temperamento o los mínimos pormenores de una acción o situación

particular constituyen el accidentado terreno de la biografía.

Los antiguos, aclara Arnaldo Momigliano, se interesaron por el tipo más que por el individuo. De ahí que elaboraran colecciones de biografías de individuos de la misma clase, vidas de filósofos, demagogos, generales o estadistas, tendencia que veremos reaparecer en el Renacimiento en las vidas de pintores como Vasari, por ejemplo. En todo caso, en la Antigüedad la biografía no se consideró parte de la historia, reservado este nombre para la narración del desarrollo y destino de pueblos y ciudades, sino de lo que los griegos llamaban arqueología o filología, y los romanos *antiquitates*, es decir, erudición acerca de algo particular del pasado.

En la actualidad la apreciación de la biografía como arte y disciplina histórica está fuera de toda discusión. La sospecha de ligereza frívola que recayó sobre el género se ha extinguido por completo. Esto obedece, en parte, a los grandes trabajos biográficos emprendidos en los últimos años, entre ellos el libro que hoy aquí nos ocupa, *Eminentes victorianos* del muy inglés Lytton Strachey.

Strachey formó parte del grupo llamado de Bloombury, al que pertenecieron Virginia Woolf, la novelista, el economista Keynes, el pintor y crítico Roger Fry, Vanessa Bell y Duncan Grant, pintores, y otros ilustres hombres, que congregó a lo más refinado, con su punto de extravagancia, de la intelectualidad inglesa.

Cuentan que en 1918, el año en que terminó la Primera Guerra, yacía Russell en la cárcel de Su Majestad por sus actividades pacifistas en tiempos de guerra y se le oyó reír a carcajadas dentro de su celda. El guardia, le recordó dónde estaba y orde-

nó compostura. Pero Russell siguió riendo. Reía porque estaba leyendo *Eminentes victorianos* y los análisis de Strachey le provocaban hilaridad.

La anécdota es ilustrativa de las maravillas el libro de Strachey:

1. El estilo del libro introdujo un elemento hasta entonces ausente en la biografía, el humor, la sátira.

2. La burla socarrona fue aplicada a poner en solfa la pomposa severidad victoriana.

3. Esta severidad, a su vez, con su concepto de honor, había naufragado en la carnicería inexplicable de la Primera Guerra Mundial (a la que tanto Russell como Strachey se opusieron).

4. Una moral, la victoriana, que conducía al horror de los millones de muertos en combate de trincheras no podía sino estar emponzoñada desde el origen y había que desenmascararla.

5. A esa tarea de desenmascaramiento aplicó Strachey el arte de la biografía en miniatura en la que era maestro refinadísimo.

6. Un prelado, Manning, el purpurado; un emblema de generosidad y desprendimiento, Florence Nightingale, enfermera; un maestro, el doctor Arnold; y por último, un héroe militar, el general Gordon.

Este volumen donde Strachey no deja títere con cabeza e inaugura brillantemente el arte moderno de la biografía satírica figura en la colección Nuestros Clásicos, un tiempo dirigida por Tito Monterroso, que nuestra Casa de Estudios da a la estampa a muy módico precio, y está traducido a cuatro manos: Claudia Lucotti, Miguel Miquel, Julia Constatino y María Gabriela Velázquez. **|||**

